

*Julio J. Casal*

---

# arbol



BIBLIOTECA "ALFAR"

---

IMPRESA ALFAR  
1982

julio j. casal

# árbol

por Ramón B. Fuster

séptima edición

ornamentación de barradas

---

biblioteca alfar  
montevideo

1982 - 1983

PRIMERA EDICIÓN:  
1925, España

Julio J. Casal

# Índice

última edición

traducción de...

traducción de...

Biblioteca Alfaro

Queda hecho el depósito que marca la ley  
impresa en el Uruguay - 1989

ÍNDICE

Índice de los libros que forman el tomo  
de los libros que forman el tomo  
de los libros que forman el tomo  
de los libros que forman el tomo  
de los libros que forman el tomo

a Ricardo R. Pastor

Índice de los libros que forman el tomo  
de los libros que forman el tomo  
de los libros que forman el tomo  
de los libros que forman el tomo  
de los libros que forman el tomo

Índice de los libros que forman el tomo  
de los libros que forman el tomo  
de los libros que forman el tomo  
de los libros que forman el tomo  
de los libros que forman el tomo

Índice de los libros que forman el tomo  
de los libros que forman el tomo  
de los libros que forman el tomo  
de los libros que forman el tomo  
de los libros que forman el tomo

## ARBOL

Arbol, yo ya sabía que eras hermano mío.  
Hacia los cielos vamos en claro florecer...  
Y tus ramas audaces, hallaron el rocío  
en el cristal y el ámbar, luz de mi amanecer...  
¡Arbol, yo ya sabía que eras hermano mío!

En ti hay, a momentos, más pájaros que hojas  
Y eres en primavera mágico surtidor.  
Y en mí, ¡qué profusión de rosas, blancas, rojas,  
Y qué acento en mi lírico manantial interior!

Los dos brindamos, árbol, savia joven y nueva.  
Y por nosotros corre un idéntico río  
de emoción, y sabemos en las nieves de prueba  
aguardar libremente el calor de otro estío.

Hacia lo azul, el mismo impulso azul nos lleva...  
Arbol, yo ya sabía que eras hermano mío.

## EL HUMO VIAJERO

En la carreta  
iba  
tendido el árbol.

Los bueyes avanzaban  
lentamente. El cristal  
de la aurora, vertía  
sus vinos claros

sobre los caminos.  
La carreta pesada y quejumbrosa  
balanceaba el cadáver del árbol.

A lo lejos,  
los brazos de las ramas,  
alegremente se desenredaban  
de la elástica cinta de la niebla.

El se encendería  
en el hogar amplio.

Nunca más podría  
mecer en su blando  
columpio de hojas,  
a la loca brisa...  
Ni daría más  
su sangre a los pájaros.

A veces, el humo  
imprevisto y vago  
que vuela vistiendo  
con su tul, los árboles,  
es humo de un tronco  
que ha sido quemado

y sintió una gris  
nostalgia de hermanos...

Corazón que fuiste  
ya sacrificado...

A veces, te escapas  
en humo, hacia el campo  
del recuerdo... A veces,  
es mi corazón  
el humo de un árbol.

## LOS CEREZOS

Abril. Apoyados  
sobre el muro azul  
del aire, hay un corro  
de cerezos ágiles...

Son en la distancia  
festones de nieve,  
borlas con que el campo  
se empolva la cara...

Vibra en el ambiente  
la música blanca  
de sus flores nuevas...

Anuncia el paisaje  
la próxima fiesta.  
Y cuando el estío  
nos devuelva a casa,  
tendrán los cerezos  
sus capotas verdes  
llenas de jugosos,  
pequeños y sanos  
corazones rojos...

## EL ROBLE Y LAS ACACIAS

El roble sufre  
su derrumbamiento.  
Apenas flota en el azul  
su túnica de ramas,  
que se marchita en una  
melodía de verdes desteñidos  
y cobres oxidados...

Y frente al roble, grita  
un corro juguetero de acacias nuevas,  
en cuyos senos sanos y jugosos  
el sol recuesta su cabeza rubia...

Las acacias  
— las niñas  
repletas de la gloria —  
alcanzan sus coronas  
por el calor de las  
que el sol inventa.

Hoy han traído el árbol.  
Viene del corazón del bosque.  
Cuando lo ví llegar  
tumbado en la carreta,  
mi lírica emoción tuvo una lágrima.  
Se encontraba tan bien entre los suyos...

Ya está de pie el amigo en nuestra huerta  
¡Un árbol más, un árbol nuevo! Hijos,  
que él encuentre en vosotros, agua y seda.  
¡Soltad de prisa todos  
los pájaros de casa.  
Para todos hay hueco en su cabeza.

¡Hijos, a cantar para él  
canciones tiernas...!  
El forastero,  
el pobre trasplantado a viva fuerza,  
¡que no eche de menos  
los camaradas que en el bosque deja!

Cogidas de la mano,  
las acacias  
tiernas y bulliciosas  
como risas  
de colegiala,  
en un vibrante círculo de aromas  
rodean la plaza...

En el centro, la fuente  
bajo la toca blanca  
del chorro, tiene un gesto  
de Hermana  
que a su grupo infantil  
dulcemente prepara  
—haciendo repicar  
su voz de gotas— para  
la roja comunión  
de la mañana...

El sol, el sacerdote  
—liturgia de oro— llega  
cabalgando en la nube más rosada.

Las acacias  
—las niñas  
ingenuas de la plaza—  
abren sus corazones  
para el cáliz de luz  
que el sol levanta.

Ya se había quebrado  
la lámpara del sol.  
Bajo mi mano  
bullía  
la cabeza infantil  
de un eucaliptus.

El pequeño abanico de sus ramas  
se estremecía  
en sanos ritmos tiernos.

Premiando  
las caricias de mis dedos,  
el eucaliptus  
me dará este invierno  
su sangre verde y generosa,  
y cantará en la lumbre  
de mi alcoba,  
en borbotones y oloroso humo,  
su corazón de música y de hojas.

Desvelados en el humo violeta de la tarde,  
borbotones enfermos y amarillos  
bamballean con sus frentes pensativas  
alrededor del espacio.

Vuela de cada hoja,  
un grito hacia la nube  
de pechos sanos y redondos...

Las ramas ya se adornan  
con tocas de oro...  
Sus hojas, apenas tienen vida  
mastican sus pequeñas bocas verdes  
masticando los pezones de las nubes...

El corazón del tronco  
ya no siente  
circular sangre nueva...

¡Sed! exprime el pecho de las nubes.  
¡Un poco de agua para mis hermanos!



Aquel álamo, soporta  
la irónica sonrisa  
de los esbeltos y ágiles hermanos,  
que refrescan sus sombras  
jugosas en el río.

Nació tan desgarrado  
y tan ridículo...

Se elevan de su tronco  
unos absurdos brazos,  
exageradamente,  
grotescamente largos...

Es ese niño extraño del colegio  
que sufre la mirada  
de todos los amigos...

En su madera tan ligera y blanca,  
y en sus flores colgantes,  
yo he visto repicar una sonrisa...  
Grotesco y desgarrado...

Son para él  
la primer música  
de la caja del sol,  
y la postrer varilla de colores  
del abanico crepuscular...

Hermana,  
ya estás bien...

No necesitas para respirar  
entreabrir la ventana...  
Tu grave palidez de lirio enfermo  
se ha teñido de sol y de manzana...  
¡Qué hondo repica mi agradecimiento  
para la sombra del pinar, hermana!

A un mismo tiempo, hijo, nacisteis tú y el árbol.  
 Y los dos hacia arriba  
 galopabais con ímpetu.  
 Desarrollaba el árbol  
 sus limpios brazos verdes.  
 Tu pecho se ensanchaba en una curva ágil.

.....  
 Si te acercas al árbol, él inclina sus hojas  
 para besar tu frente,  
 y te extiende su sombra, como una almohada buena  
 en la monotonía de las cálidas siestas.

A un mismo tiempo, hijo,  
 nacisteis tú y el árbol.  
 ...Me invade la emoción  
 más ruidosa, hacia dentro,  
 al ver que tú y el árbol  
 tenéis la misma risa,  
 y siempre jugáis juntos,  
 como dos hermanitos  
 que no se enojan nunca.

Amaneció cansado...  
 Más encorvado  
 aún, el pico fuerte.  
 Sufría en el camino  
 su diminuta sombra cenicienta.

Cavó él mismo, un sencillo  
 hoyo para su cuerpo,  
 y se dejó caer  
 sin fuerzas, dentro...

Entonces, las piadosas  
 manos del viento,  
 cogieron unos cuantos  
 pañuelos verdes  
 de los eucaliptus,  
 y cubrieron  
 el arpa, ya sin notas  
 de su cuerpo...

La mano dé aquel plátano,  
extendida  
hacia el azul y el verde  
del paisaje,  
tan sólo recogía  
la luz enferma y triste  
de la tarde.

Estoy buscando por el robledal,  
el alma niña que se me perdió...  
Es tarde. En la marina vespéral  
la noche ya sus velas desplegó.

—¿Se habrá escapado sola  
camino del hogar,  
y me estará aguardando junto al fuego,  
enhebrando con chispas un collar?

¿Y si no se marchó  
y un árbol fauno y mal intencionado  
en su jaula a mi niña aprisionó?

Han de hundirse mis ojos  
en todas las maderas seculares,  
y ha de trepar mi voz  
por la verde escalera de las ramas...  
Y en mi loco desvelo paternal  
no habré de cejar yo,  
hasta que encuentre por el robledal  
el alma niña que se me perdió...

Tu madera rojiza y olorosa  
es hecha de silencio.

Y a pesar de tu grave  
meditación de sombra,  
todos los árboles,  
de las granjas de juegos infantiles,  
visten tu forma  
de misterio alargada...

Y es tu copa, una aguja  
enhebradora de astros.

El amanecer,  
golpeaba con dedos de brisa y color  
sobre los cristales  
de mi corazón.

Y entonces, por niños  
senderos, mi blanca canción  
volaba a la mesa  
de un naranjo en flor.

Era el mantel una  
sonrisa de albor.  
Mi alma se nutría  
de un nevado olor.

Y ya a mediodía,  
por los bien crecidos  
senderos, a casa  
tornaba mi alegre canción.

Y al ver cual bordaba  
s s pronunciadas, ebria de sonidos  
de miel y color,  
una encina vieja  
a cuyos henchidos  
pechos, un enjambre  
de hormigas y pájaros,  
más de medio siglo  
noble amamantó,

con su voz de ramas  
a mi colegiala  
riendo gritó:  
«Anda tú, locuela,  
tómame otro vaso  
de vino de sol!»

...Los pinos reían  
con un aire tierno, sabio y bonachón.

## EL INADAPTADO

Arbol, cuando retorno  
de mis largas andanzas,  
te encuentro siempre triste y fatigado.  
Cada día es tu verde  
de un tono más enfermo.

Este paisaje te hace daño.  
El cielo, siempre el mismo,  
te envuelve entre sus lívidos  
reflejos de gris muerto.

Tienes un gesto de doliente hastío.  
Y tu semblante es cada vez más pálido.

Los extranjeros me producen pena:  
no pueden vivir  
lejos de su lar,  
y encuentro en sus miradas  
la amargura,  
que para todos pasa inadvertida.

Mas tú, como el poeta,  
eres un extranjero  
en propia tierra.

Yo quiero trasplantarte...  
Sé de un sitio

en donde los paisajes amanecen  
empapados con agua azul de astros.

Y en donde  
sentirás deshacerse entre la clara  
música del paisaje,  
el agrio gesto de tu rostro adusto.

## EL BOSQUE

Corriendo como un niño,  
llevé a la luna  
hasta la misma boca  
elástica de un río...

Y me alejé en la sombra  
de unos árboles...

Puse mi corazón  
en los jugosos troncos.  
Los poros de mi anhelo  
se sahumaron de hojas.

Y al regresar a casa  
mi corazón tenía  
un sano olor a roble,  
a eucaliptus y a pino.

## AFUERA

El huerto estaba alegre y bullicioso,  
La nube fue generosa...  
Los árboles,  
eran como los niños  
en las tardes  
de lluvia  
que no van al colegio.  
Brillaban  
los pequeños  
globos bermejos de las cerezas.  
Gritaban ebrios  
de salud, todos  
los labios de los árboles...  
Alegría en los brazos del naranjo,  
alegría en las caras  
redondas de las manzanas  
y en el cuello de plata  
de las magnolias...  
Y hasta una vieja encina  
—grave abuela del huerto—  
sonreía  
bajo la verde cofia  
que la lluvia  
adornaba con vidrios musicales.

## EL SAUCE

El sauce moja  
sus ramas en el río.  
Y se nutre de espuma  
y de sombra de nubes.  
La brisa, a veces,  
lo desprende del agua,  
lo desprende del agua,  
y estremeciéndose  
salpica en el espacio  
sus diminutas lentejuelas claras...  
El sol pasa por ellas  
su hilo encendido;  
y brilla fugazmente  
un gran collar de vidrios,  
que con el viento y con la luz estalla,  
refrescando los pechos de la tarde.

## NUBE

Por los árboles tristes  
que se encienden  
en resplandores vagos y amarillos  
¡ten piedad, nube!

Por las mejillas pálidas y enfermas  
de las hojas  
que apenas se sostienen  
en la rama sensible...  
¡ten piedad, nube!

Por el tronco que sufre  
largas horas de sed,  
y a quien ya mira el labrador  
con ojos de codicia...

Por esa juventud llena de arrugas  
¡ten piedad, nube!

Nube...

Que te lleve hacia el mar  
la buena mano del gigante Viento.  
Y bebe la alegría de una ola...  
Y tu madeja de agua  
que se devane a prisa  
en hilos bulliciosos,  
—cual venda de salud y de milagro—  
sobre la herida  
de los árboles tristes y sedientos...  
¡ten piedad, nube!

## EL TRAJE DEL DOMINGO

En las tardes de lluvia,  
hasta mí llega  
el olor musical  
de las raíces.

El agua ha removido  
con sus manos nerviosas  
el corazón del campo.

Y festejando el claro desposorio  
del campo y de la lluvia,  
mi alma de niño,  
con un júbilo claro  
y encendido,  
se pone  
su mejor traje:  
el traje del domingo...



**La carne amarillenta  
del paisaje,  
pide un poco de esencia  
al abanico  
verdoso de una acacia.**

**He visto como el jugo  
del claro varillaje,  
iba tiñendo de colores sanos  
las mejillas enfermas del paisaje**

**Aquella acacia  
recién nacida  
con sus hojas  
de temblorosa plata  
era la niña  
que, jugando, a veces  
se empolva la dorada cabellera...**

## EL PASTOR

El árbol a orillas del río.  
Pastor de melena dorada  
con jugos de Otoño.  
Y anda el viento de fiesta...  
Corteza instrumental...  
Y el viento, el pastor, y el agua  
no son más que una cuerda de cristal.

## EL ARBOL NIÑO

Cuando la brisa  
devanó entre los dedos de la luz  
la madeja violeta de la niebla,  
el árbol,  
con el verde candor de su mirada,  
se puso a corretear  
—alegría de niño libre y sano—  
por entre el parque azul del horizonte.

## LOS CIRUELOS

En sus cajas de madera,  
estos ciruelos diminutos  
que parecen de juguetería...  
Niños que han nacido  
deformados,  
soportan  
hasta el total desarrollo  
el triste y duro armazón...  
Eso de no poder desperezarse...  
Y no sentir el tronco humedecido  
por la espátula  
lacrimosa del barro de la ruta...

Si no fuera  
por el reguero de aire azul,  
a donde  
van sus cabezas esponjosas y alegres  
entre cuyos cabellos verdosos  
picotean los pájaros y el viento...

## CIRCO

En el paisaje —circo de colores—  
el pino se ha mostrado  
consumado pruebista,  
y en una sucesión  
de curvas ágiles,  
—pequeños saltos de hojas—  
se va a las nubes...  
Y éstas, con su algodón  
mojado de infinito,  
refrescan, compasivas,  
la cara verde y seca  
del payaso.

Escondes tu ropaje de extranjero  
 tras la capa nivosa de un magnolio.  
 El aire de esta tierra  
 va secando tu carne. Arrinconado,  
 —falto de sol—  
 se va abriendo tu pecho  
 en continua y violenta  
 tos interior...

Allá, en mis valles,  
 hubieras esponjado  
 tus sedas ampulosas...  
 Será este año,  
 el último en que manches el pañuelo  
 lustroso y refrescante del magnolio,  
 con el adiós que vibra  
 en tus dolientes  
 gotas de sangre.

Cuando era niño,  
 el lobo  
 siempre andaba detrás de los árboles.  
 Y desde la corteza  
 me espiaban los ojos  
 del gigante del bosque...  
 Yo escapaba del árbol.  
 Y solo, en pleno día,  
 trepaba hasta las copas musicales.

Ahora  
 que platea la sien espiritual,  
 ¡me da una vergüenza, árbol,  
 haber tenido miedo  
 de la mancha alargada de tus brazos!...  
 ¡Quién me diría  
 que tú,  
 —surtidor armonioso del paisaje—  
 pagarías más tarde mis recelos,  
 ofreciéndome tus plumas de sombra,  
 para el reposo momentáneo,  
 y prometiéndome  
 para un postrer descanso  
 de espíritu y de cuerpo,  
 tu madera vibrante y olorosa!

## LA RUEDA DE LA NIEBLA

Las últimas hojas  
se perdían entre el vidrio  
gris del tiempo  
en un vuelo apagado.

El abanico de una rama  
se agitaba inútilmente  
para hacer claros a su alrededor  
apenas conseguía  
jugar con los espesos  
remolinos de bruma...

La gigantesca rueda de la niebla  
chafaba el oro,  
el verde,  
el rojo...

Vertiginoso  
carretel de algodón,  
se iba desenrollando sobre todo...  
Era el paisaje  
una desolación  
de plata y plomo.

## APRENDIZAJE

Lustroso y sin heridas,  
mostraba el árbol  
su fragante copa.

Recién nacido, palmoteaba alegre  
en la encendida y bulliciosa  
romería estival...

Y tú llegaste, hermano viento,  
cuando menos pensaba.  
y arrancaste unos hilos  
de su capucha verde...

¡Imagínate  
qué amargo hubiera sido  
para el pobre  
pino pequeño,  
la sorpresa  
de un ciclón otoñal

Ahora,  
entre sus labios algo desteñidos,  
repica el gesto  
del muchacho que fue una vez de fiesta  
y ya se cree tan fuerte como un hombre.

## NACIMIENTO

La niebla ha humedecido  
los árboles. Ya es sombra.  
Cuando un latido hincha el ~~corazón~~  
de las ramas, desprendense  
globos de vidrios claros...

Mañana  
sorprenderemos  
en más de un árbol de la ~~carretera~~  
el piar de unas hojas  
recién nacidas...

## MARINO

La tarde se ha prendido  
—bandera de colores—  
a los mástiles ondulantes  
de los árboles.

La voz de una sirena  
naufraja entre el violáceo  
mar profundo de nubes.

Me llama el horizonte  
con su olor de pinares de recuerdo.

Mi espíritu se escapa.  
Quiebra el cristal monótono del puerto.

Cuando retorne de sus aventuras,  
ha de traer el premio  
de una estrellita más en su rebelde  
gorra de marinero.

## EL MANTO

El árbol a la orilla del río.  
Aguja que cosía  
sobre el manto del agua,  
estrellas, muchas estrellas,  
tantas,  
que yo veía cómo  
iban desapareciendo  
en las alturas.  
Las enhebraba todas  
la aguja verde.

Se deslizaban hacia el cristal,  
por un temblor de hilos  
color humo...

Diríase  
sobre la túnica  
elástica del río,  
la algarabía  
de unas estrellas de cartón pintado...

## LOS PLATANOS

La sombra de los plátanos  
quitaba  
la luz... Y los trigales  
no maduraban bien.  
Un leñador hizo vibrar su carro  
bajo el peso de troncos  
de una hilera de plátanos.

La música del aire  
lleva un olor de ramas exprimidas.  
Hoy brillará en el lar del campesino  
el corazón aún tibio de los plátanos...

¡Tristeza por los árboles que han muerto!

Sin embargo, el camino  
tiene tal luz...

Y alegre ver al sol  
dar cucharadas  
de salud, al pico de oro  
de los trigales de semblantes mustios...

## DESPERTAR

Llegó el Otoño.  
En su encendida honda,  
ví brillar las elásticas  
piedras del viento.  
Puso en fuga el rebaño de las nubes.

Toda la noche anduvo  
la sombra de un magnolio  
golpeando en los cristales...  
El Hondero  
no tuvo compasión... Aún asustados  
los árboles —temiendo al incansable—  
estremecen sus brazos flagelados.

El campo amaneció  
triste y marchito.  
Su poco verde  
estaba desteñido.

Temblaba en el paisaje  
la pensativa lágrima  
de un pino roto.

Y la falda ampulosa de un castaño  
mostraba los jirones  
de su burda arpillera.

Una acacia tendida por el viento,  
ponía  
sobre el camino una  
mancha sentimental...  
Y por un hueco  
del tronco, todavía  
caliente, introducía  
su pico verde  
una hoja tierna...

Un roble  
—sordo al badajo enorme de la noche—  
tras el buen sueño  
se despreczaba,  
alargando sus brazos  
fuertes, rudos,  
—cuando el viento, ya céfiro—  
agitaba  
su frágil campanilla de cristal.



## EL PLATANO ABUELO

Este plátano abuelo...  
Siempre fragante y claro.  
Música de la huerta.  
Sus ramificaciones  
dibujan en el aire  
procesionales palios.

En Primavera,  
es el primero que despliega al sol  
sus sedas verdes  
Y en Invierno, es el último  
que deja  
deshojarse la rubia cabellera.

Este plátano,  
es todo campo  
y música de agua  
y luz de pájaro.  
En la alborada grita  
la ingenua algarabía de sus picos.  
Y al tumbarse la noche en los senderos,  
cada hoja se agita  
despidiendo a la tarde  
con un claro y alegre pañuelo de colores.

## DESVELO

El roble no sabía  
disimular un áspero  
gesto de mal dormir.  
Recuerdo las eternas  
noches en que el insomnio  
llenaba los rincones  
de mi alcoba  
con un humo de sombra.

Yo abría la ventana,  
y el aroma del sueño me vencía  
con la brisa que buena  
me humedecía el rostro.

Roble: bien pronto el Sur  
cederá su ventana  
a una ligera brisa...  
Columpiará en la seda de su aliento  
tu desvelo... y entonces  
te dormirás soñando  
que a lo largo  
de tu cuerpo  
se deslizan,  
nerviosos y fragantes,  
los dedos de la lluvia...

## EL ALBA

El Alba

rodea su garganta con un cándido  
collar de piedras húmedas.  
Y tras el velo gris, apenas  
se ve rodar el sol.

El domingo amanece  
empapado de perlas y neblinas.

Como en la fiesta azul de otras mañanas,  
no ha de venir por el camino claro  
la buena amiga que eligió la manta  
hecha de sombra de álamo.

He visto como el árbol  
se estiraba  
desesperadamente  
hacia lo gris,  
queriendo descorrer, con sus verdosos  
brazos inquietos,  
las cortinas marchitas de las nubes.

Inútilmente.  
No ha de venir por el camino claro,  
la clara esencia de la buena amiga.

Tal vez otro domingo... que hoy el alba  
está orgullosa de su pedrería.

## SUPERSTICION

Los árboles también son  
supersticiosos...  
Cuando enciende su lámpara  
de colores la aurora,  
más de una vez he visto  
cómo andaban sus sombras por el campo,  
buscando igual que yo  
la mascota de un trébol  
de cuatro hojas.

Los álamos del río  
 entrelazan sus ramas  
 y han puesto entre las manos  
 de la brisa sus verdes cabelleras  
 para que las despeine...

Los álamos parecen  
 unos guardianes serios  
 que desplegasen sus verdosas capas,  
 para que nuestros ojos  
 no puedan ver el agua  
 en donde  
 tiembla la desnudez  
 de la exótica carne  
 de una planta...

No viene como el árbol  
 en cascada  
 desde la península  
 hacia la gata,  
 un río de agua dulce, sino que  
 brota en las  
 las cortinas marchitas de las calles.

Intilidrosos  
 No ha de venir por el camino largo,  
 la clima cascada de la hucha amiga

Tal vez otro destino, ... que hoy el alba  
 está ingenua de su peñón.

La sombra de aquel pino  
 está durmiendo  
 sobre la lana  
 verde y rizosa del campo.

La sombra cambia de postura:  
 sufre una pesadilla.  
 Se estira en afilados  
 dedos como amenazas,  
 o se recoge alrededor del tronco  
 como un niño  
 asustado de la noche.

El árbol sueña...  
 Mi corazón se enciende en la plegaria.  
 Amanecer,  
 libra por siempre  
 del mal sueño al árbol,  
 restregando sus ojos  
 con tu esponja empapada de luz.

Los pines  
 del viento.

En una joya brillante el noble...  
 Yo sueño en mi odio  
 un extraño movimiento de plumas  
 y un silencio cargado de puros.

En el concierto de los picos claros  
que alegran la espaciosa  
y abierta y verde jaula de tus hojas,  
falta el olor de un trino...

Continúas igual,  
indiferente,  
con tus ramos de aroma  
dorados y esponjosos.

¿Por qué ayer, junto a ti,  
no apercibiste  
el vuelo de mi espíritu?  
¿Por qué ha dejado  
de venir a beber tu fresco aroma  
en donde hay miel de infancia  
para el marchito labio...?  
Acacia, ayer mi espíritu  
fue al entierro de un pájaro.

Apoyé mi cabeza  
sobre el tronco  
del roble... Descendía  
hasta mi espíritu  
el zumo de una música de estrellas...

Dentro del tronco había  
una garganta de cristal:  
Cantaba,  
desenhebrándose, un collar de piedras  
de países lejanos.

Era un rumor de fiesta.  
Una alegría  
de agua y raíz.  
Un restregar de párpados de pétalos  
de fragancias recién amanecidas...

El tronco  
era un hueco de siglos,  
un caracol de antiguas resonancias.  
Los pájaros, ya muertos  
del jardín,  
habían vuelto a la vida...

Era una jaula bulliciosa el roble...  
Yo sentía en mi oído  
un estremecimiento de plumajes  
y un alborozo colegial de picos.

## EL SUSPIRO DEL CAMPO

El árbol es un claro  
suspiro  
que el campo  
envía al cielo.

Nace sin fuerzas,  
apenas ataviado  
de unas ramas.  
Diríase que la tierra  
suspira débilmente.

Pero el campo  
quiere llegar al cielo.  
Pide ayuda a las manos  
de la brisa y del agua.

Se apoya sobre el vuelo de los pájaros.

Y asciende  
hacia lo azul.  
Su cabeza rizada  
se recuesta  
sobre la espalda de una nube...  
Y ha de llegar.

¡Con qué agradecimiento,  
en su profundo y maternal regazo,  
el cielo acogerá  
el suspiro del campo!

## TILO

En la casa,  
la luz se iba vertiendo  
lentamente.

Para que mi madre  
no se inquietara de mi desvelo,  
cuando se acercaba  
solícita a mi lecho,  
yo cerraba los ojos  
y respiraba  
tranquilamente,  
como en un buen sueño.

Nunca se engañó mi madre.  
Tras mis párpados cerrados.  
sabía verme despierto.

Tilo:  
entre los corazones de tus hojas,  
veo esconderse el perfume  
de un recuerdo.

Daba mi ventana al campo.  
Yo tenía la cabeza  
aturdida  
con un zumbido de versos.

Madrugadas  
de mi pueblo.

Venía por el camino  
la canción de los carreros.  
Se desperzaba  
—azul y violeta— el cielo.

Por mi alcoba  
en silencio,  
tu sano aroma, tilo,  
me infundía sosiego...

Tu aroma  
y el alba en la sonrisa de mi madre.

## INDICE

Arbol .....	7
El humo viajero .....	8
Los cerezos .....	10
El roble y las acacias .....	11
El forastero .....	12
Comunión .....	13
El eucaliptus niño .....	14
Sed .....	15
El álamo blanco .....	16
La gemela .....	17
El álamo .....	18
La sombra del pinar .....	19
Hermanos .....	20
El gorrión .....	21
La mano .....	22
El alma niña .....	23
Ciprés .....	24
Bomería .....	25
El inadaptado .....	27
El bosque .....	29
Afuera .....	30
El sauce .....	31
Nube .....	32
El traje del domingo .....	33
Nota .....	34
La acacia .....	35
El pastor .....	36
El árbol niño .....	37
Los ciruelos .....	38
Circo .....	39
Ceibo .....	40
Miedo .....	41
La rueda de la niebla .....	42
Aprendizaje .....	43

Nacimiento .....	44
Marino .....	45
El manto .....	47
Los plátanos .....	48
Despertar .....	50
El plátano abuelo .....	51
Desvelo .....	53
El alba .....	53
Superstición .....	54
Los álamos .....	55
El sueño .....	56
Acacia .....	57
El roble .....	58
El suspiro del campo .....	58
Tilo .....	58

Se terminó de imprimir  
en PRISMA Ltda. Gaboto 1582, Montevideo  
en el mes de abril de 1989  
Edición hecha al amparo del  
art. 79 de la ley 13.749  
(Comisión del Papel) D.L. 237.624

la dictadura, jubilándose el 31 de diciembre de 1937 con mínima retribución. Durante muchos años vivió heroicamente con estrecheces económicas pero con una gran dignidad y espíritu superior. Normalizada la República, fue reparado por el Tribunal Extraordinario instituido para consolidar las situaciones creadas por el régimen contrario a derecho.

El Municipio de Montevideo, por iniciativa de los escritores Alba Roballo y Alfredo Mario Ferreiro, apoyados unánimemente por intelectuales, artistas y autoridades, por resolución de junio de 1956, dedicó un antiguo cédro al poeta en los jardines del Museo "Juan Manuel Blanes", de donde había sido destituido, y una placa recordatoria con un poema suyo, sobre un monolito de granito. Justa reparación a su memoria.

Julio J. Casal es uno de los poetas más auténticos de hispanoamérica. Y como hombre estuvo siempre junto a la causa de los pueblos sufrientes, luchando por su liberación, en una línea de conducta ejemplar y un magisterio vivo. Supo ser guía para la juventud y estímulo para los nuevos valores en las letras de España y América Latina.

Algunos de los más grandes poetas y pintores de lengua española contemporánea, iniciaron su labor pública desde las páginas de ALFAR.



